

# Editorial

## 43

A partir de este número, *Trama y Fondo* se declara, desde su misma portada, publicación *sin índice de impacto*.

Como nuestra revista no está hecha tan solo por profesores universitarios y como sus lectores no son todos ellos profesores universitarios, conviene que expliquemos en qué consiste el tal índice. Algo que, por supuesto, todos los profesores universitarios no solo conocen, sino que constituye uno de sus principales motivos de preocupación.

En principio, el índice de impacto es una medida.

Pero una medida –lo que sigue puede leerse en la página web del Gobierno de España– que se obtiene “a partir del recuento de las citas bibliográficas” y que “determina la relevancia, influencia e impacto científico de las revistas, de los autores y de las instituciones.”

¿Quién lo habrá escrito? Poco importa, dado que es el Gobierno entero de España el que comparece como firmante de tan notable –y descabellado– enunciado. En cualquier caso, es alguien que bien poco sabe lo que un índice es. Pues, en rigor, un *índice* no *determina* nada, tan solo *mide*. Y la diferencia no es baladí: una medida de algo puede ser buena o mala, bien o mal establecida, útil o inútil. En cambio, algo que *determina* otra cosa es algo que comparece como la causa directa de esa cosa. Y, así concebido, una vez que se confunde la medida con la causa –y la ciencia

con su medida–, el índice de impacto se convierte en un artefacto capaz de arrasar la universidad.

Pues por esa vía ha nacido y no cesa de crecer un gigantesco aparato burocrático –por lo demás rodeado de infinidad de empresas privadas que prometen ayudar a sus víctimas a navegar con éxito en él– destinado a la medición que absorbe cada vez más recursos económicos y humanos en una actividad que, empeñada en medir el *impacto* –y por ende, se supone, la *productividad*– es en sí misma improductiva –pues no produce conocimiento, sino que tan solo mide... ¿qué? ¿la visibilidad del conocimiento producido?

Ni siquiera eso está claro, pues nada garantiza que las revistas que acreditan poseer los más altos índices de impacto sean realmente leídas. Tan solo queda claro que son citadas. Y cualquier profesor universitario sabe que entre la lectura y la cita pueda haber un abismo, tanto más cuando la cita ha dejado de ser el justo reconocimiento de una deuda intelectual para convertirse en la posibilidad de incrementar el resultado de una medición.

Y así, desde que esa loca maquinaria burocrática existe, los jóvenes profesores, sabedores de que los índices de impacto que pueden obtener sus publicaciones habrán de determinar su futuro profesional, lo buscan desesperadamente. Cada vez investigan menos sobre los asuntos de sus campos de competencia, porque dedican cada vez mayor parte de su tiempo a investigar cómo obtener índice de impacto: cuáles son los temas más apropiados para ello, cuáles son las maneras, los enfoques, incluso el tipo de redacción idóneo para conseguirlo.

Alguien, algún día, deberá pararse a considerar el peligro que los índices conllevan cuando se utilizan no ya como vías de conocimiento, sino como elementos de referencia en la vida de las instituciones. Pues, en este segundo caso, desde que existen, los índices se sustantivan y autonomizan hasta el extremo de que las instituciones a ellos ligadas olvidan el fin que las justifica para volcar su actividad al objetivo de incrementar su respectivo índice. Vía por la cual esas instituciones –y en primer lugar las universitarias– acaban por convertirse en simulacros –si no parodias– de sí mismas, dado que olvidan su ser esencial –constituir un espacio idóneo para el desarrollo y transmisión del conocimiento– y pasan convertirse en instituciones dedicadas a la obtención del índice más alto posible.

Parodia, simulacro: ya no se valora el conocimiento, sino el índice que lo mide. Y se piensa –con una aparente ingenuidad en la que lo que probablemente late sea un fondo de desprecio– que con ello se ha conquistado la objetividad, cuando tan solo se ha sustituido el conocimiento por su simulacro. Y la ciencia por su retórica.

Así, es sabido que cada vez más las publicaciones con alto índice de impacto filtran los textos que reciben, antes de proceder a la menor consideración sobre su contenido, en función al grado de cumplimiento de la normativa que ellas mismas establecen sobre cómo deben estructurarse los trabajos que su interior habrán de ser publicados. Deberá comenzarse por la revisión del estado de la cuestión, se pasará luego a la formulación de las hipótesis, a ser posible bien trufada de variables, para a continuación proceder a la presentación de los resultados que las confirman o las niegan –cosa esta segunda que, sospechosamente, no sucede nunca– y se concluirá con la puntillosa exposición de las conclusiones obtenidas. Que esa plantilla es la propia del método experimental y que el método experimental es sencillamente inaplicable en el campo de las ciencias sociales y humanas... eso a nadie parece importar. Lo que importa es que todo esté bañado por la retórica –el simulacro, la parodia– de una ciencia inexistente.

Y cuando el texto en cuestión ha logrado amoldarse a tales exigencias, pasa a ser sometido a su *revisión por pares ciegos* –aunque es sabido que muchas veces son tan solo tuertos, dado que son los editores de la revista los que eligen a qué revisores enviar unos u otros textos. Pero, aun poniéndose en el mejor de los casos, en el que no actuara filtro interesado alguno, ¿qué se obtendría con tal procedimiento sino la garantía de la mediocridad? Pues los revisores ciegos sancionan lo que entienden, lo que la comunidad a la que pertenecen da por bueno, de modo que nada resulta tan penalizado por esa vía como la originalidad. Así, ¿quién podría dudar que los grandes pensadores de todos los tiempos, de verse sometidos a tales procedimientos de revisión, habrían visto sus mejores trabajos excluidos de publicación?

Es fácil deducir el punto de llegada de la universalización del procedimiento de revisión por lectores ciegos: finalmente, las publicaciones teóricas ya solo se diferenciarán por sus temáticas y por sus índices de impacto, pero en ningún caso por sus enfoques teóricos. Con lo que habrá desaparecido uno de los motores más eficaces del desarrollo de la investigación en las

ciencias humanas y sociales: la existencia de revistas creadas e impulsadas por grupos de investigadores copartícipes de un determinado enfoque teórico y comprometidos en su progreso y difusión.

Y ello tanto más cuanto que hoy en día los investigadores reciben insistentemente el mensaje de que publicar en la revista de la institución a la que pertenecen habrá de serles perjudicial. Es fácil deducir la mentalidad que anima tal advertencia: se da por hecho que la institución en cuestión es aquella en la que el investigador trabaja –y de la que cobra–, y donde más fácil puede serle llegar publicar –como si no estuviera inventada la política del intercambio de cromos con las publicaciones de las instituciones vecinas.

Pero lo más notable es el presupuesto implícito a tal mentalidad: la de que no existirían otras revistas teóricas que las que se publican en instituciones públicas y con cargo al dinero público. Es decir: la bien evidente incapacidad, para tal mentalidad, de concebir ni siquiera la posibilidad de existencia de una publicación como la nuestra, *Trama y Fondo*, a pesar de los sus ya largos veinte años de existencia.

Pues *Trama y Fondo* se publica sin dinero público alguno. La hace posible la asociación cultural del mismo nombre –sin ánimo de lucro, ni subvención oficial alguna– que reúne a más de noventa estudiosos de diversos países quienes, lejos de cobrar de ella, la mantienen generosamente con su esfuerzo y con el pago de sus cuotas. Y lo hacen, sencillamente, porque creen en el proyecto, porque apuestan por mantener abierto un espacio de investigación orientado por unos determinados presupuestos teóricos.

Algo, al parecer, inconcebible para los burócratas en cuyas manos se ha dejado el futuro de la universidad y la ciencia.

Pues bien, por todo lo hasta aquí indicado, *Trama y Fondo* se declara, a partir de hoy, *publicación sin índice de impacto*.

De modo que sus lectores pueden estar seguros de que lo que en ella encuentren estará animado tan solo por la pasión por el saber y no por el interés –comprensible personalmente, pero científicamente impropio– de obtener esa cosa, el índice de impacto.